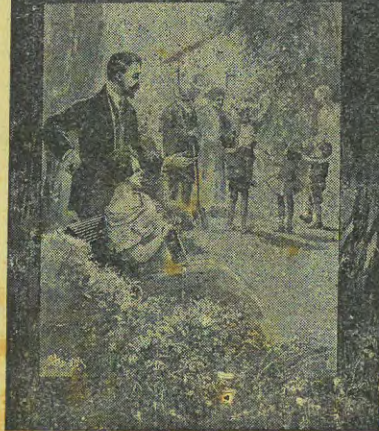


AEP - CDHS
BARCELONA

NOVELA IDEAL

FEDERICO URALES

Sembrando Flores



De este libro se han hecho once ediciones en castellano, nueve en España; cuatro de diez mil ejemplares, tres de ocho mil y cuatro de seis mil. Es la novela de una vida ideal. La portada la representa en sus tres edades. Actualmente está en venta una edición popular a «1'25 ptas.» y otra lujosa, con 20 grabados, a «2'75 ptas.» encuadrada en rústica y a «4 ptas.» en cuero y tela a todo lujo.



Núm. 48

MARTIRIO

15 cénts.

LOS GRANDES DELINCUENTES

AUTOR: FEDERICO URALES

*Novela sobre las luchas ideales
de nuestros días*

Ejemplar: 0'85 pts.

La Victoria

AUTORA: FEDERICA MONTSENY

Acaba de ponerse a la venta esta novela de gran trascendencia femenina. En ella se abordan atrevidamente los más palpitantes problemas de la moderna personalidad
:: de la mujer ::

Un volumen de más de 200 páginas, 2 pts.

LA NOVELA IDEAL

Número 48

Federica Montseny

MARTIRIO

16167

Revisado por la
previa censura



Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Oliveras, 30, Barcelona (Guinardó)

VOLUMENES PUBLICADOS

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *Florencia*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cerdón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El redentor*, de Isaac Pacheco.—8. *Engañada*, de Federico Urales.—9. *El cocique*, de F. Barthe.—10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabali*, de Salvador Cerdón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madrina de guerra*, de José Martín.—19. *¿Cuál de las tres?*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castell Serra.—26. *El pecado del amor*, de Ricardo Vaqué.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Maternidad*, de Federica Montseny.—30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neill.—32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Ángela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Ángela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Esgleas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Martirio*, de Federica Montseny.

La próxima novellita se titulará:
Aurora, de Solano Palacio

IMPORTANTE: De esta publicación pueden servirse colecciones completas.

TALLERES GRÁFICOS COSTA: CONDE DEL ASALTO, 45. - BARCELONA



AEP - CDHS
BARCELONA

MARTIRIO

Un aguafuerte de Goya; un fondo de Zuloaga. Dureza en el detalle, duros perfiles en las figuras; muyuelto todo en una nube enorme, blanca y lejana. Montañas llanas; grises alcarrias. El pueblo, pardo, presidido por dos símbolos históricos: las ruinas de un castillo feudal y una ermita aun enhiesta. A su alrededor, como un cinturón cimbreante, murmullo tenue, raudal de oro para la verde vega, un río caudaloso, abrevadero de bestias y de humanos seres.

Vida lenta, con rumor de colmena. Vida minúscula, de ilusión estrecha, de horizontes limitados por las blancuzcas montañas. Un pequeño mundo bajo el castillo en ruinas, y la ermita aun enhiesta. Un pequeño mundo de pequeñas almas, con sus pequeños rencores, sus pequeñas pasiones, sus pequeños dramas. La existencia transcurriendo silenciosa, corriendo los días monótonos e iguales. Las vidas naciendo, viviendo, muriendo, bajo los dos símbolos: ermita y castillo, potencias de ayer, ruinas de hoy, polvo de mañana.

En Falcilla, pueblo de nuestra historia, existía una casa de antiguos hidalgos, la casa de Ochoa, familia compuesta, a la sazón, de doña Juana Regero, viuda de Ochoa, y de sus hijos Carola y Alvaro. En esta casa entró a servir Raquel, meses antes del momento en que esta narración empieza.

Raquel era hija de unos molineros. Pértigas, su padre, hombre ceñudo y bravo. Un tipo clásico y magnífico, de largo rostro severo y pensativo, sobre el que una boina vivía pegada al cráneo. Muy pobres, pues el molino, movido por las aguas del Arga, de muela antiquísima y trabajo lento, había sido arruinado por otro que un industrial de Pamplona instaló cerca del pueblo, no tuvieron más remedio que poner la hija mayor a servir.

Raquel tenía 16 años cuando entró en la casa de los Ochoa. Era una muchacha espigada y esbelta, de facciones acentuadas, que hubieran sido casi duras, de no ser los ojos, grandes y de mirar cándido y suave, y los labios, muy rojos, carnosos, tentadores como una granada abierta y madura. La voz era un milagro de dulzura. El cuerpo ofrecía gracias flexibles, morbideces delicadas. Era toda ella un capullo sano y entreabierto.

Arisca, de carácter solitario, criada entre peñas, bañado su cuerpo diariamente por las aguas abundantes del río, del que parecía una sirena, entró en la casa de Ochoa llevando aún en los cabellos perfumes de plantas silvestres, olor de fresas en los vestidos y en la encendida boca.

Alvarito contempló gozoso aquella flor pura y selvática. Pero el primer día que intentó oprimirla en-

tre sus brazos, hundir los labios en la oscura cabellera olorosa, una bofetada fué la respuesta. Otra vez, al intentar acorralarla en un desván, los dientes de ratón de la fiera muchacha le abrieron hondo surco en la mejilla.

Raquel, segura de su fuerza y temiendo el furor de su padre, no dijo nada a Pértigas. Se defendía contra Alvaro en silencio, con sombría furia e invencible repugnancia. Odiaba a aquel mozo gandul y atildado, que no tenía ni aun la soberbia de viejo hidalgo de su padre. Odiaba sobre todo sus ojos, verdosos, de mirar fijo e insolente.

Su resistencia exasperaba a Alvaro; la convertía en obsesión suya. Se encaprichó impetuosamente con ella. Era la primera mujer que entraba en la casa de Ochoa y que en ella se mantenía con toda su pureza. Hasta entonces, las criadas habían sido pasto de los instintos, primero del padre, el orgulloso don Genaro Ochoa, luego del hijo, Alvarito, señorito matón y chulo de pueblo.

Con la pasividad propia de los campesinos, aumentada en aquella Navarra aun tan sometida a la tradición religiosa, social y política, las muchachas pobres habían aceptado hasta entonces aquel infame derecho de penada que la fortuna de los Ochoa les concedía. Era la casa que mejor pagaba y de menos trabajo, porque la familia sólo componíase de doña Juana Regero, viuda de Ochoa, y sus dos hijos, Alvaro y Carola, ésta paralítica, pobre ser que pagaba en sí los vicios del padre.

La gran casa, siempre cerrada y silenciosa, por la que continuamente traínaba doña Juana, distrayéndose en el cuidado del hogar, llevando el luto perpetuo de una vida oprobiosa y amarga, coronada por el tormento de aquella hija que vivía muerta, daba poco trajín a las muchachas, ya que muchas faenas las realizaba la dueña en persona. Sin un sentimiento de la dignidad arraigado, pobres bestias de carga la mayoría, ninguna resistencia oponían a la ya legendaria costumbre de los Ochoa. Por lo demás, el pueblo sólo se escandalizaba cuando la vergüenza

se hacía visible. Si diestramente se ocultaba, si otros cargaban con las consecuencias, aquello no tenía importancia. La rigidez de las costumbres tenía muy diversas graduaciones. Si una muchacha, en un momento de pasión, *pecaba* y el culpable mozo y el cura no apresurábase a borrar con un religioso matrimonio la mancha, no había más solución para la infortunada que emigrar del pueblo. Si otra, casquivana y ladina, pero hábil en guardar las formas, *pecaba* cien veces con cien hombres distintos, la honorabilidad quedaba a salvo.

Pero aquella costumbre tradicional, observada con la casa de Ochoa, de cepa militar y carlista, iba perdiéndose. Las muchachas de Falcilla no entraban ya tan sumisas en el hogar de los Ochoa. Había que recurrir a las zañas y rústicas hijas de las casas de campo vecinas.

Además, la fortuna de los hidalgos iba menguando. De grandes señores pueblerinos, casi todopoderosos, la mala administración, fruto de una decadencia paulatina, les convirtió en simples campesinos ricos. De todas las posesiones que ayer pertenecían a la familia, hoy sólo quedaban la casa de Falcilla, algunos terrenos y unas exiguas rentas. Mantenían penosamente el rango, agravadas las deudas y los equilibrios por los vicios de Alvaro.

En los primeros tiempos del viejo don Genaro, que inauguró con sus disipaciones la ruina, la cosa era distinta. Las chicas no tenían otra casa para servir que la de Ochoa, la única verdaderamente rica y señorial del pueblo. Ahora se iban a Zaragoza, a Barcelona, volvían más espabiladas, algunas resueltas a rebelarse contra el ambiente pesado y estúpido del poblacho. No se rebelaban. El ambiente volvía a ahogarlas. Desaparecían, asfixiadas por el montón, oprimiéndolas la desolada blancura de las montañas navarras.

De nuevo, sumisas al pasado, se instalaban en el hogar, se sometían a todas las costumbres remotas del pueblo. Continuaban, como sus madres, cuidando la casa, al hombre y los hijos. Las tardes domin-

gueras, que tan alegres habían sido, en la promiscuidad gozosa y en el ambiente más libre de la capital, eran, como las de sus madres, dedicadas al comadreo eterno mientras los maridos se reunían con otros hombres y en la taberna mataban las pedradas y largas horas de la fiesta sin ningún atractivo. Las mujeres no podían salir con sus maridos. La hombría de los hombres y el buen nombre de las mujeres se resentían, si, después de casados, las parejas continuaban pegados el uno al otro. Guardábase, tenaz y fieramente, el espíritu del medioevo, en que el amor entre los sexos era un pecado, en que la esposa, vestal guardadora del sagrado fuego doméstico, jamás se veía ni se nombraba. Dos casados juntos era un escándalo, casi un atentado a la moral pública. El espíritu de la tradición, aquel espíritu que colgaba de una horca a las parejas de amorosos sorprendidos besándose, revivía aún, mantenido latente, sólo atenuado por un progreso inevitable, contra el que ni aun el hermetismo del pueblo cerrado a la evolución de las costumbres, sin vías férreas que establecieran comunicación directa entre el viejo tiempo en que vivía, petrificado, y el tiempo nuevo, había podido defenderse.

II

Falcilla prestábase a celebrar sus ocho días de fiesta anuales.

Alvaro, frente al ancho espejo del antiguo lavabo que decoraba su habitación, concluía su aseo.

Sobre la almidonada camisa flotaban las puntas de una corbata de chillones colores, último grito de la moda masculina, de la que Alvarito Ochoa era el

AEP - CDHS
BARCELONA

representante, embajador e importador en Falceila.

El nudo se le rebelaba y, casi congestionado, por sus esfuerzos y su lucha anterior con el duro postizo, iba a arrancar con mano nerviosa el instrumento de tortura que los hombres llevan en el cuello, cuando una dulce voz femenina sonó desde el otro lado de la puerta.

—Señorito, son las cinco en punto.

—Oye, Raquel—gritó el mozo, descorriendo el cerrojo y llamando a la muchacha, que ya se alejaba corredor abajo.

Raquel se detuvo y miró al joven, que, en mangas de camisa y con la puerta entreabierta, le hacía seña de que se acercase. La moza se acercó con algún temor.

—¿Qué desea el señorito?

—Que me hagas el nudo de la corbata. No puedo con él. Anda, entra.

Pero Raquel, inmóvil y con los labios apretados, temiendo una celada, permaneció en medio del corredor.

—Entra, digo. No seas tonta. Te aseguro que sólo deseo me hagas la corbata. Hace una hora que batallo con ella y no puedo.

Mas la muchacha, resuelta y con voz firme, dijo:

—No tengo ninguna obligación de hacerle la corbata. No es para eso para lo que han alquilado mis servicios.

—¡Ah, remilgona! ¿Quieres que pague caro mi capricho, no es eso? ¡Hija de buen padre! ¿En cuánto te ha tasado el viejo Pértigas?

Raquel, ante el ultraje, se volvió roja, pero no contestó, dando con desprecio la espalda a Alvaro y desapareciendo corredor abajo.

Alvarito la miró marchar con los ojos brillantes de cólera y de deseo.

Metióse otra vez en su cuarto, y terminó su toilette. Una vez concluidos todos los detalles minuciosos de su aseo, el joven requirió el sombrero, se ajustó los guantes, miró con ojos benevolentes y

satisfechos su gentil figura reflejada en el espejo, y salió a la calle ya llena de bullicio.

Se necesitaría el colorido y la riqueza descriptiva, el prodigio de minuciosidad de un pintor holandés o flamenco, para describir el abigarramiento, la importancia típica de los detalles, el sorprendente efecto del conjunto, de lo que es una fiesta de pueblo Navarro.

Los grupos alborotadores de borrachos o de los que lo hacen sin estarlo; de muchachas con las mejillas encendidas; de mozos roncros de tanto gritar; el ruido de las gaitas y de las guitarras; el estruendo creciente, oleante, enloquecedor de una multitud que grita, corre, salta, inventa y descubre todos los procedimientos para armar barullo. Por todas las calles corre la muchedumbre. Jóvenes y muchachas corren, se persiguen, se alcanzan, se apretujan, ruedan por el suelo; se levantan y vuelven a emprender, entre una apoteosis delirante y absurda de infernal ruido, sus carreras, sus saltos, sus gritos. Es una alegría ruidosa, primitiva, convencional, incomprendible para nosotros. Da la sensación de que se realiza y se siente de un modo tradicional, ritual casi; que se está alegre durante aquellos ocho días porque es preciso estarlo; porque sería extraordinario, atentatorio a misteriosas leyes establecidas por la costumbre, no rugir, chillar, correr, emborracharse, golpearse, apuñalarse, no manosear mozas, no ser manoseadas, no estar alegre, en una palabra. Y están alegres, alegres como tradicional, casi ritualmente, se concibe la alegría en estos pueblos durante todo el año serios, silenciosos, severos, grises.

Muchachas hay que trabajan noche y día, sin descansar un momento, en las trilladoras, para terminar la faena antes de la fiesta. Después de 64 horas o más de trabajo continuo, pasan ocho días sin pegar los ojos, corriendo, bailando, jugando más o menos inocentemente con mozos y mozas. Mozos hay que al terminar la bacanal (pues algo de bacanal colectiva, de paganismo inconsciente, tienen estas fiestas fijas, celebradas después de la recolección del trigo,

AEF - CDHS
BARCELONA

sometidas, a pesar de su liturgia cristiana, al pagano culto a Ceres que en idéntica época celebraban con fiestas parecidas (los griegos) caen enfermos o se meten en cama para dormir 24 o más horas seguidas.

El día de nuestra historia, domingo y primero de la fiesta, al dar las nueve de la noche, la plaza Mayor de Falcilla estaba de bote en bote. Se reunía en ella todo el pueblo. Las gentes reposadas, en grupos escrupulosamente divididos por sexos, paseaban dentro de los pórticos que rodeaban la plaza. La juventud de ambos sexos, gozosamente mezclada, corría, saltaba y atronaba el espacio con sus gritos y sus carreras y sus golpes a misteriosos e inclasificables instrumentos.

Durante el día, en la plaza se habían toreado las vaquillas. La entrada de éstas en el pueblo era un espectáculo pintoresco, típico y regocijante, de insuperable colorido local. Toda la población joven iba a su encuentro, corriendo delante de las bestias cuando éstas desembocaban en la carretera que conducía al pueblo, aguijoneadas por los pastores y guiadas por un perro. Las carreras, los sustos, el galope desenfrenado de las vacas, es un cuadro de un movimiento y una jugosidad que no pueden describirse.

El centro de la plaza hallábase convertido en rondel, dentro del cual de noche se bailaba. Los tendidos, hechos de maderos, como en todas las clásicas capeas, servían ahora de tribuna para la música y de puntos estratégicos para los que querían mirar, sin ser atropellados.

En el balcón de la casa de doña Concha Ordúñez y en medio de dos estantiguas, hijas solteronas de la casa, surgía la rubia y pálida cabeza de Carola, hundida en su sillón de paralítica. Antes ocupaba con Carola la delantera una muchacha de San Sebastián, que se retiró al interior de la casa, llorosa y rabiosa ante la pequeña revolución que produjeran en la moral del pueblo sus faldas un tanto cortas. Caritativamente advertida de que se le veían las piernas desde abajo y de que era costumbre inveterada en

el pueblo que los hombres fuesen a hacer aguas menores en la puerta de la casa donde a una chica se le veían las extremidades inferiores, se retiró del balcón, prometiéndose a sí misma no volver a poner jamás los pies en aquel pueblo.

Alvaro Ochoa, gallardamente vestido con un traje gris claro, sombrero fieltro, corbata incendiaria y relucientes botas, dirigió una ojeada al balcón donde residía su familia, y se fué en busca de sus amigos. Reuníanse en una taberna con pretensiones de bar moderno—la mejor del pueblo—y allí organizaban las campañas de ruido, las rondallas y las impertinencias con que podrían molestar a los forasteros que lo típico y notable de la fiesta atraía a Falcilla.

Desde ella salían con el programa formado, programa que cumplían al pie de la letra. Salían, casi siempre, ya con algunas copas de más.

Aquella noche, las copas se prolongaron y enardecieron al grupo. Empezaron las bromas, en las que Alvaro tomaba la mejor parte, y medio en broma, medio en serio, saltó el nombre de Raquel:

—¿Buen bocadito, eh?—dijo, dando golpecitos en la espalda de Alvaro y haciendo chasquear la lengua, José Osorio.—¿Te gusta, eh?—continuó con una risita.—Y es una vaquilla brava. Cuesta más torearla a ella que a la Pinta de esta mañana.

Las chungas empezaron. Alvaro, con el ceño fruncido, dió un puñetazo sobre la mesa:

—Basta de broma, ¡ea!—gritó con voz de trueno.—De mí no se burla nadie.

—Sólo Raquel, que te está haciendo andar de cabeza.

—Raquel será mía cuando quiera. No desea otra cosa. Soy yo el que no la encuentro del todo apetecible, con sus maneras de salvaje y sus uñas de gata.

—¡Ujú... las has probado!—rió el grupo.

—¡Que vas de cabeza, hombre, que vas de cabeza!

—Y la chica es brava.

—¡Y tiene un padre!

AEP - CDHS
BARCELONA

—Con el padre sí que no quiere jugar Alvaro.

—¿Quién? ¿Pértigas? ¡Pobre hombre!—dijo Alvaro con desprecio.

—¿A que no te atreves a la hija?

—¿Que no?

—¡Que no, hombre! Le tienes miedo a Pértigas y a su escopeta.

—¿Que no...? ¿Pues cuándo se ha detenido por una cosa así un Ochoa? Y basta, digo. Al que vuelva a decir una palabra más sobre este asunto, lo abro en canal, ¡ea!

Callaron todos. Alvaro les imponía con sus bravuconerías. El año anterior había ya dado una navajada a un muchacho. Su genio pendenciero y autoritario y sus brutalidades le daban el odioso prestigio que rodea a todos los matones.

Cuando salió el grupo de la taberna, fué para ir a la plaza, a echarse sobre las muchachas y entrar en otra taberna, a armar pendencia con otros grupos. Toda la noche transcurrió así.

Clareaba el día, cuando Alvaro regresó a su casa.

* * *

El caserón hallábase envuelto en el silencio. Raquel, Carola y doña Juana dormían. Alvaro, con la cabeza pesada por tantas libaciones y el cuerpo fatigado, se arrojó sobre una otomana que había en el saloncillo del primer piso. El recuerdo de toda la noche, las palabras de sus amigos, Raquel por último, acudió a su mente.

Una loca cólera apoderóse de él. ¿Cómo? ¿Aquella mocosa...? ¿Ponerle en ridículo?

Se puso en pie, dió tres pasos por la estancia y pensó en donde tenía Raquel su cuarto. Era en el segundo piso, al otro lado de donde dormían su madre y su hermana. Una idea, infernal y lúcida, iluminó su mente oscurecida por los vapores del vino. Subió al piso. El sol empezaba a llenar de reflejos dorados, entrando por las ventanas entreabier-

tas, todas las piezas fronteras de la casa. Poco tardaría en levantarse Raquel. Su cuarto hallábase situado junto al de la cocinera, que aquel día, por ser domingo y primero de la fiesta, solicitó y obtuvo permiso para pasar la noche con sus padres. Raquel se quedó en casa, sola, y se acostó pronto, no gustándole la fiesta, que los otros años veía de lejos, desde el viejo molino mecido por las aguas del Arga.

La joven se levantó pronto también, como supiera Alvaro. Su habitación daba a un corredor oscuro, que recibía la luz de una galería cubierta. En el corredor se emboscó Alvaro.

Cuando la joven salió, aun despeinada, ligeramente vestida, yendo en busca de agua para su aseo, dos brazos hercúleos la sujetaron y la derribaron. Ella, con su fuerza de campesina y a pesar de la sorpresa de la acometida, intentó desasirse de los brazos de Alvaro.

—¡Déjeme...! ¡Infame!—dijo con voz ahogada.

Pero él, resuelto a todo, la echó en el suelo, tapándole la boca con la mano, asfixiándola casi. Ella se defendía, a patadas, a arañazos. El, fuera de sí, empezó a golpearla. El susto, la emoción, el dolor, la rabia misma, fueron superiores a ella. Una nube roja pasó sobre sus ojos. Oleadas de ardiente sangre la afluyeron a la cabeza y perdió el conocimiento.

III

AEP - CDHS
BARCELONA

Después fué todo una pesadilla terrible y obsesiva. El recuerdo de los días siguientes se desahacía en brumas en la mente de Raquel. Sabía sólo que cuando volvió en sí, como un autómatas se fué a su casa; cruzó campos, saltó arroyuelos, llegó al

fin al viejo molino, destrozada de cuerpo y de alma. Tenía la cabeza ardiendo; la fiebre hacía temblar sus miembros.

Se desvaneció otra vez y despertó en su cama, bajo el pobre techo agujereado, por el que por la noche veía el rostro pálido de la luna.

No necesitó palabras para explicar lo ocurrido. Viéndola sólo, Pértigas lo comprendió todo.

Cargó su escopeta y marchó hacia el pueblo. ¿Qué ocurrió entonces?

Raquel no lo supo. Sólo supo, tres días después, que la madre de Alvaro bajaba de una tartana frente a la puerta del molino. Que subieron a su cuarto, Pértigas, su hermana Rosa y doña Juana.

Pértigas tenía el rostro encendido y ceñudo; doña Juana estaba triste y pálida; pálida y triste como la viera siempre, llevando el luto del error y la vergüenza de su vida.

Doña Juana Reguero en su juventud había sido bella. Se casó ya a los 30 años, sin ilusión, casi con disgusto, con don Genaro Ochoa, de cerca setenta, hombre vicioso y aventurero, que había sido capitán del ejército carlista.

Los Reguero no eran ricos. Eran, sí, una casa aristocrática venida a menos. Genaro Ochoa, cansado de correr aventuras, de deshonrar mozas labriegas y derrochar dinero tras las bailarinas de moda en su tiempo, se propuso comprar una incubadora del par de hijos que necesitaba para prolongar el nombre de la familia. Juana Reguero, perdidos diez años de su vida en la espera de un amor que no vino nunca, cansada de la estrechez en que vivían y ante el temor de una madurez que se acercaba, se prestó a serlo.

Al cabo de diez años de cristiano matrimonio, murió don Genaro. Juana no le amaba al casarse con él, pero cuando murió odiábale con toda su alma. Durante diez años hubo de sufrir las brutalidades de su carácter, sus groserías de veterano, sus celos y sus deseos bestiales. Los Reguero, señores de pura cepa, conservaban, en medio de su ruina, el senti-

miento de la dignidad, del pundonor, de las viejas virtudes de la hidalguía campesina. La debilidad de Juana, su oportunismo, más inconsciente que premeditado, al consentir en casarse con Ochoa, no significaban ruina de alma. Los ultrajes que hubo de sufrir su sensibilidad y su pudor al lado de Ochoa la exasperaban, y respiró satisfecha, incapaz de ser hipócrita, cuando una muerte acertada se lo quitó de encima.

Los hijos heredaron todas las complejidades de ambas almas. Mejoraron la dinastía algo—aunque muy poco, por parte de Alvaro—gracias a Juana, que a ellos consagró su vida. La desgracia de Carola la precipitó en incurable melancolía. Su odio hacia el padre, que había legado a su hija tan triste herencia, creció póstumo e impotente. Odio hacia el padre y vergüenza y remordimiento dentro de ella, por haber sido cómplice de aquel crimen inconsciente contra la vida, que pagaba Carola, víctima de culpas de ella ignoradas.

Doña Juana se sentó al lado del lecho de Raquel, y la cogió las manos, que la joven tenía ardiendo: —Venimos a discutir tu porvenir, hija mía—dijo con tristeza.

—¡Mi porvenir!—murmuró Raquel, amargamente.

—Sí. Es preciso que antes del sábado te cases con Alvaro.

Raquel se sentó en el lecho, con los ojos desorbitados por el estupor:

—¿Qué?... ¿Cómo...! ¿Yo casarme con su hijo?

—Así lo quiero yo—dijo la voz dura de Pértigas.

¿Qué había ocurrido? Que Pértigas fué a rescatar, con la escopeta al hombro, la honra de Raquel. Aquel suceso, estallado en plena fiesta, resonó en todo el pueblo.

El valor de Alvaro, ante aquel padre iracundo, que arma al brazo venía a pedirle cuenta de su hija, se desvaneció como un soplo. De la escena que hubo, Alvaro salió herido y Pértigas camino de la cárcel del pueblo.

Y entonces intervino doña Juana. El escándalo había sido demasiado grande; el crimen de Alvaro demasiado odioso; la actitud de Pértigas demasiado enérgica e irreductible. Se hablaba de que un abogado, tomando por su mano la polvareda que levantaría el atropello de una chica campesina por un seforito, presentaba demanda de que se incoara proceso por violación.

La noble sangre de los Reguero se inflamó en las venas de doña Juana. La pobre mujer, víctima ya de aquella familia, lloró por la suerte de la otra víctima. Fué ella la que pidió la libertad de Pértigas; la que fué a verle, preguntándole qué exigía para acallar aquel escándalo.

El viejo molinero, depositario del espíritu del honor clásico, hecho a la antigua usanza, padre celoso y hombre resuelto y avisado, pues de todo había en su alma hermética y compleja de campesino, se mantuvo en su exigencia. El honor de Raquel sólo podía rescatarse con el matrimonio, o con la vida de Alvaro. Si Alvaro no se casaba con Raquel, para él serían los tiros de su escopeta. De su venganza y de su resolución no escaparía ni con la huida ni con ningún pretexto. Poco le importaba el presidio. Igualmente no tenía gran interés en presentar demanda alguna a los tribunales, que no le inspiraban confianza, conociendo, por instinto, la gran verdad de la frase de Anacarsis: «La ley es una tela de araña, en la que se enredan las moscas, pero que rompen los moscones.»

El ambiente excitado del pueblo, la actitud de Pértigas, el remordimiento de doña Juana, la inacción de Alvaro, que yacía en el lecho con varias lesiones recibidas de los puños y los pies de Pértigas, resolvieron el caso.

Cuando por el pueblo se esparció la noticia de que Pértigas estaba en libertad y de que la familia Ochoa repararía el desaguisado, hubo un movimiento de sensación. La fiesta, echada a perder por aquel acontecimiento, permitió, no obstante, que la gente se

entregara con más devoción a la cábala y al fisco-neo.

La ida de doña Juana al molino, intensificó la tensión pueblerina.

¡Vaya una manera de morder el polvo los orgullosos Ochoa! ¡Adiós, majeza de Alvaro, frente a la temible carabina de Pértigas! Los que retrocedían ante las bravuconadas de Alvaro se enva-lentonaron; la aureola de temor que aun rodeaba a los Ochoa, resto de su pasada omnipotencia, se disipó. Todo el mundo tomó con calor la defensa de la honra de Raquel. El pueblo entero se sentía dispuesto a llevar a Alvarito a la Iglesia, a lavar con un cristiano matrimonio el manchado honor de la triste Raquel.

Esta, al oír las palabras de doña Juana, se pasó las manos por la frente, creyendo soñar.

—Dios mío, ¿es posible?—balbuceó.

—Es necesario que Alvaro lave la ofensa que te ha inferido, casándose contigo. Sólo convirtiéndote en su mujer, considerárlo yo a salvo mi honor y el nombre, pobre, pero honrado, de nuestra familia.

Pasado el primer momento de estupor, la mente de Raquel fué aclarándose. De un solo golpe midió lo enorme, lo monstruoso de lo que la exigían:

—¡Yo...! ¿casarme con Alvaro, con ese miserable? ¿Toda la vida mujer suya, obligada a estar a su lado, a ver su aborrecida figura? ¡Jamás!—dijo con desesperación.

El rostro de Pértigas se demudó; doña Juana fijó una mirada llena de asombro en la cara de Raquel, y Rosa, la tía de la joven, dió un paso atrás, lanzando una exclamación:

—¿Estás loca?—dijo Pértigas, sacudiendo rudamente el brazo de su hija.—Es esa la única y mejor solución.

—¡No, no! ¡Yo no quiero a Alvaro! Le odio; le odio con toda mi alma. Nunca, nunca me casaré con él.

—Lo quiero yo, lo mando yo, y basta—dijo Pértigas con rudeza.—Tu honor y el mío exigen ese ma-

trimonio. Sin él quedas deshonrada, impune el crimen que contigo se cometió. Y basta de conversación. No hay que hablar más de ese asunto.

—Pero si su hija no quiere, no debemos obligarla —dijo doña Juana, esperanzada, pues, a pesar de su remordimiento y de su resolución, aquel matrimonio, forzado, repugnaba a su espíritu aristocrático, para el que Pértigas y su hija no dejaban de ser villanos.

—¿Cómo que no quiere?—dijo Pértigas con voz terrible.—¿Y quién es ella para querer y dejar de querer? En la situación en que se encuentra y en todo momento soy yo quien dispongo.

Raquel, muy pálida, pero con los ojos brillantes y la voz firme, dijo:

—Padre, siempre le he obedecido; usted sabe cuán respetuosa fui siempre para con usted. Pero ahora no puedo; no puedo obedecerle. Creo tan criminal, tan abominable lo que de mí exigen, que prefiero la muerte a permitir que sobre mi deshonra acumulen la pena y la vergüenza de verme casada con un hombre vicioso, cobarde, inoble, grosero y gandul. ¡Gran Dios! ¿es decir, que sobre el crimen, sobre la ofensa, sobre el atropello, hay que agregar el sacrificio, el encadenamiento de toda una vida? No, no. ¡Jamás! ¡Jamás!

Rompió en sollozos, dejándose caer sobre la cama, tapándose la cara con las sábanas.

Pértigas, con el ceño fruncido y los labios temblorosos, dijo:

—Váyase usted, doña Juana, y dejadme solo con ella.

La madre de Alvaro se levantó, saliendo en silencio y seguida de Rosa, de la habitación de Raquel.

El molinero, sentándose al lado de la cama de su hija, permaneció un momento serio y pensativo, mirándola:

—Oye, Raquel—dijo con lentitud;—yo he sido toda mi vida un hombre honrado. Tiempo hubo en que este molino nos daba y nos sobraba para vivir. Después se metió la miseria en esta casa y hube de ha-

cer lo que jamás pensé: ponerte a servir. Yo sabía que en la casa de Ochoa no estabas segura. Pero una muchacha joven, pobre y sola, no está segura en ninguna parte. Sin embargo, tenía confianza en ti y la seguridad de que, si se cometía contigo un mal acto, se repararía de un modo o de otro. Tú, a pesar de tu ignorancia y de tu juventud, has sido siempre una muchacha juiciosa. Por esto te hablo así, como si fueses un hombre de mi edad. Yo sé que Alvaro es una mala persona, que no te hará feliz. Pero tú quizá no comprendes el daño que te ha hecho y la venganza que supone obligarle a casarte contigo. Tú serás para ellos un tormento, testimonio vivo de su ruina y de su miedo ante un hombre resuelto y avisado como yo. Tú no encontrarás marido en Falcilla; no lo esperes; es lógico que sea así. Y casándote serás relativamente rica; y serás, ante todo y sobre todo, una hija de un hombre pobre, pero honrado, que se ha hecho pagar cara por un señor.

Raquel escuchó en silencio moviendo dulce y tristemente la cabeza.

—¿Qué contestas?

En voz baja, tan baja, que Pértigas tuvo que inclinarse para oír, la joven repitió:

—¡Jamás! ¡Jamás!

Los ojos del molinero centellearon. Una rabia loca le encendió:

—Repite esa palabra, y de un puñetazo te desahago.

La joven se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Fuera de sí, Pértigas la zarandeó:

—¿Serás capaz de desobedecer a tu padre, mala hija? ¿Permitirás que te estrelle contra una peña, antes que permitir que mis canas sean manchadas por tu deshonra y tu estúpida testarudez?

—¡Padre mío!—imploró Raquel entre sollozos.

Y entonces empezó la penosa y extraña lucha. Raquel se encerró en su sombría resolución. Todos los razonamientos, los gritos, la rabia de su padre, se estrellaban contra la repugnancia, el odio invencible

que la joven sentía hacia su violador. Con una razón poderosa e instintiva, con una clara y simple moral, la joven se rebelaba contra aquella imposición, contra aquel matrimonio infame, con que, en nombre de algo que no podía rescatarse, pretendían encadenarla a un ser odiado y despreciable. Para ella no existía la revancha, ni la fortuna, ni la humillación de los Ochoa. Para ella sólo existía, desolado y desolador, el recuerdo de sus ilusiones perdidas, de su vida marchitada. ¡Ay! La infortunada pensaba en sus primeros sueños de joven; en los iniciales galanteos, las dulces horas de charla, a través de las tapias, con Felipe, un muchacho vecino de la casa de Ochoa. No habían llegado a ser novios, pero se estableció entre ellos esa grata amistad, preludio del amor, con la que empiezan en los pueblos todos los noviazgos. Después de su desgracia, no había vuelto a verle. No le vería ya jamás.

Después, el pueblo, un momento erigido en defensor suyo, que respondía a la misma moral, a la misma inflexible y simple rectitud de Pértigas; el pueblo que, indignado por su negativa, con la que daba pie al desentendimiento de los Ochoa, el pueblo desencadenó contra ella, la débil y la víctima, una saña y una indignación en la que había más desprecio que escandalizamiento.

Cuando la joven comprendió que sería madre, que el hecho abominable y el hombre aborrecido habían dejado semilla en ella, el dolor de Raquel y la rabia de Pértigas llegaron al paroxismo.

La pobre joven hubo de sufrir, a más de los ultrajes del pueblo, las horribles escenas del molino, las crisis de furor de su padre, que, loco de rabia, golpeaba su cuerpo, arrancaba a puñados su cabellera. En aquellas horas mortales, en aquellas espantosas noches de agonía, la joven sólo pensaba en proteger su vientre, en defender con sus débiles manos enflaquecidas, el arca sagrada en que empezaba a palpitar otra vida.

El Arga corría dulcemente, deslizando su rico caudal bajo el molino ruinoso. La muela, abandonada,

hacia cantar al agua, al chocar contra ella. Aquella agua, que un día había llenado de bienestar la casa, hoy sólo podía recoger lágrimas, mecer el obscuro drama que en ella anidaba. ¡Cuántas horas había pasado Raquel contemplando las mansas aguas, en las que ayer bañara su cuerpo, pensando en liberarse de la para ella dolorosa y terrible carga de la vida!

Pero aquella nueva existencia que sentía palpitar en ella, aquel ser aun lejano que ya existía, detuvieron con mano invisible el cuerpo de la joven cada vez que pensó, atraída por el funesto magnetismo del río, hundirse en un baño definitivo.

Porque, ¡cosa extraña!: la joven, que se horrorizaba y se estremecía de dolor y de asco al recordar a Alvaro, empezó a pensar, con una ternura inquietante, instintiva y salida de sus entrañas mismas, en el ser invisible que empezaba a latir. El rostro de Alvaro, el propio momento de la violación, fueron esfumándose en su mente. Pasaba horas enteras, acurrucada en el establo, junto a Chita, la enorme vaca, para que su padre no la viera, con las manos cruzadas sobre el vientre y el espíritu sumido en una vaga somnolencia. Un rostro de bebé, algo que era como una muñeca, que después adquiriría movilidad, flotaba ante sus ojos entornados. Toda su vida, toda su actividad, todo su ser sensible y pensante, se concentraba en su iniciación maternal.

El hombre desaparecía, era perdonado por el olvido, ante la presencia y potencia del hijo incipiente. La concepción adquiría entonces caracteres singulares. La propia anormalidad de la gestación, favorecía más la pureza virginal de aquella maternidad casi infantil, que era instinto purísimo, generoso y sagrado. Raquel vivía con el alma en otro mundo; en un mundo poblado por sonrisas y balbuceos de niño, que era en sus manos como una muñeca. Su adolescencia y su plenitud se confundían en una especie de infinidad. Esperando al hijo que venía, sentada en el establo, junto a la vaca y entre las gallinas picoteantes, la joven entreteníase haciendo camisitas, pequeños abrigos, calcetines diminutos,

para su última muñeca, conservada en un cajón de la cómoda.

Este sueño vago y dichoso, era interrumpido por duros zarpazos de la realidad. Unas palabras escapadas a Pértigas y a Rosa, la vieja hermana de su inflexible padre, le pusieron sobre aviso acerca de la suerte que podía caber a su hijo, una vez nacido. La Inclusa sería su sepulcro. Rosa, con su insensibilidad de solterona y su cruel espíritu práctico de labriega, hablaba de que, a lo menos, se pudiera sacar algún provecho de la deshonra de Raquel. Una vez el hijo depositado en el torno, la joven, robusta y sana, podría criar alguna criatura de señores de Pamplona o de San Sebastián.

Pértigas, que rechazó, irreductible e indignado, una cantidad que, como compensación y ante la actitud de Raquel, le ofrecieron los Ochoa, aceptaba como excelente esta solución.

Pero Raquel, que, en medio de su vago ensueño, poseía una lucidez prodigiosa sobre todo cuanto se refería a su hijo, propúsose no esperar en el molino la venida al mundo del pobre ser que tan caro le costaba. Marcharía a la ventura, guiada por su instinto humano y maternal. Raquel, que apenas había conocido a su madre, muerta cuando ella tenía cuatro o cinco años; criada en los brazos fríos y sin amor de una tía gruñona y avinagrada por una soltería que no deseó, llevaba en sí misma, espontánea e ingénitamente, todo el tesoro de amorosa prevención, de ciega ternura, de sublime entrega de sí, que representa la palabra maternidad.

AEP - CDHS
BARCELONA
IV

La joven, presintiendo que el alumbramiento se acercaba, marchó una mañana del molino. Por todo ajuar llevaba un pequeño lio de ropa y una escigua cantidad.

¿Adónde iba? No lo sabía. Era su fuga una huída de Egipto, más desolada y solitaria, sin una mano amiga y sin un burro sobre que cabalgar.

No sabía adónde dirigirse. Pero iba andando, en espera de algo, en la triste y suprema confianza de encontrar ignoraba qué. Fatigada, sufriente, caminaba con lentitud, parándose a trechos, vadeando la carretera por la que temía marchar.

—¡Tan sólo no se den cuenta en el molino de mi partida!—pensaba con inquietud.

Pero en el molino no se dieron cuenta hasta la noche, acostumbrados su padre, su tía y sus dos hermanos, a casi no verla nunca, perpetuamente confinada en el establo, único sitio en el que se ocultaba a las miradas de su padre y a la indiferencia fría y cruel del resto de la familia, de sus hermanos menores, a los que el furor de Pértigas contra Raquel retraía del lado de su hermana.

La noche iba avanzando, y Raquel sintiéndose más fatigada, más agudo el dolor, que había momentos haciale lanzar gritos ahogados.

La pobre joven, sin fuerzas para continuar andando, se sentó en un margen y dirigió a su alrededor una mirada de muda desesperación. Había andado muchas horas seguidas. Debía estar lejos, muy lejos de Falcilla y quizá de todo pueblo.

—¿Es posible que ni Dios ni los hombres se apiaden de mí?—balbuceó, dolorosamente.

Su malestar se intensificaba; gruesas lágrimas, a la vez arrancadas por el sufrimiento físico y el dolor moral, caían de sus ojos.

Las cosas perdían contorno ante su vista. Sobre ellas caía la sombra de la noche. Un aire frío y seco azotaba el rostro de la infortunada. Sus pies, hundidos en la hierba, se enfriaban. Una soledad enorme, una espantosa y negra noche, iba cercando su cuerpo y su alma.

Sus ojos, llenos de lágrimas, oteaban ansiosa y angustiosamente los campos. Se encontraba sola en medio de una planicie. De pronto, a lo lejos, creyó percibir el rumor apagado de unas campanillas. Se puso en pie y, arrastrándose casi, andó otro trecho. El terreno hacía como una ligera cuesta. La salvó como pudo, empleando casi media hora en un camino que era cuestión de minutos. Al fin vió, distintamente, brillar una luz. Hacia ella dirigióse. Era una pequeña casa de campo.

Vaciló ante la puerta. Los seres humanos le daban miedo. Habían sido tan crueles y despiadados para con la infeliz muchacha, que nada bueno esperaba recibir de ellos.

Claramente llegó a sus oídos el ruido de las campanillas. Dió vuelta a la casa y el olor clásico de un establo guió sus pasos. Un rastrillo cerraba la puerta. La joven, acostumbrada a la obscuridad, vió a dos cabras, la una con un pequeño cabritillo al lado. En un rincón percibió una gran sombra, y el rumiar y los resoplos la advirtieron de la presencia de un caballo.

Las fuerzas de la joven habían llegado a su límite. Su cuerpo se deslizó hasta el suelo, hundiéndose entre el estiércol caliente y húmedo. Un aliento ardoroso lamió su cara. La joven abrazó la cabeza que sobre ella se inclinaba en una caricia. Era una cabra.

Raquel permaneció largo rato tendida, casi sin sentido. Poco a poco, el calor del establo la reanimó. La luna, saliendo como un disco rojo de la tierra, empezaba a iluminar pálidamente la planicie. Su

luz blanca permitió a Raquel hacerse cargo de su alojamiento.

Las cabras la miraban con ojos dulces, arriándose a ella. Una estaba echada y se levantó, pareciendo invitar a Raquel a que ocupase el sitio dejado caliente por ella.

La joven arrastróse hacia él. Las bestias, más generosas y más nobles que los hombres, comprendían su martirio, la brindaban una fraternidad triste y extraña.

Los dolores de la muchacha se agudizaban. Hundiendo la boca en el hatillo, la joven ahogaba sus gritos. Las cabras la rodeaban, echadas a su alrededor. En aquel cuadro primitivo, bajo la fresca y serena noche, los vagidos de un niño advirtieron que otro ser venía a vivir.

La joven, rendida por sus esfuerzos, por el dolor, el cansancio y la debilidad, desvaneciéndose.

¿Cuántas horas permaneció así? Cuando despertó nacía el día. Miró con ansia a su alrededor, y vió un bulto de carne, rosado y tembloroso, arrimado al vientre de una cabra. Raquel extendió los brazos y lo cogió. Era su hijo. El pequeño ser, acogido bajo el regazo de la bestia, dormía. Ningún rito, ninguna precaución de higiene, había presidido aquel nacimiento ancestral. Sólo las cabras, en un admirable movimiento de solidaridad, lo acogieron entre ellas, lamando y limpiando el pobre cuerpecito.

Raquel intentó estrecharlo contra sí. Pero estaba tan débil después de la espantosa noche, luego de horas y horas de no ingerir alimento alguno, que apenas pudo sostenerse. Una de las cabras se acercó a ella, abriendo las piernas, ofreciéndole sus ubres repletas. La joven, boca abajo y con sus propios labios, succionó la leche de la cabra. El blanco, sabroso y caliente líquido penetró en su cuerpo como una oleada de sangre vivificadora. Harta ya, sintiendo una sensación deliciosa de felicidad enteramente animal, de infinito descanso, de suprema paz física, cogió el niño en brazos y le dió el pecho.

Sus dedos acariciaban la blanda y rosada carne

del desnudo cuerpecito. La joven no pensaba en nada, sumida de nuevo en su somnolencia, definitiva ahora, en la que sentía los tirones golosos del niño hambriento, como notas físicas de una armonía interior.

V

AEP - CDHS
BARCELONA

Cuando el dueño del cortijo fué a sacar las cabras, aquella mañana, un cuadro extraordinario le dejó clavado en el umbral.

Ante sí vió a una mujer, en medio de las cabras, adormecida, con el seno descubierto y un niño recién nacido en el regazo.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó con estupor.

Raquel abrió los ojos. La vista del hombre la estremeció, volviéndola a la terrible realidad. Estrechó contra sí al niño y no contestó, mirando dolorosamente a su interlocutor.

Este se aproximó. Al acercarse, pudo apreciar la juventud de Raquel.

—¿Qué os ha pasado? ¿Habéis dado a luz aquí?

—Sí—dijo Raquel, inclinando la cabeza.

—¿Y por qué no llamasteis a la casa? ¿Por qué os metisteis en el establo? Nosotros os hubiéramos acogido. Nuestro techo ha sido siempre compartido por la desgracia.

—Temí que me echaran—murmuró Raquel.

El hombre permaneció un momento contemplándola. Los grandes ojos dulces de Raquel fijaban en su rostro una mirada implorante.

—¡Infeliz!—dijo, lleno de conmiseración.

Salió del establo, regresando al momento con una mujer.

Esta, lanzando exclamaciones de sorpresa y mientras el hombre le repetía las respuestas de Raquel, cogió al niño entre sus manos y lo envolvió, a falta de otra cosa, en su delantal.

Después el dueño ayudó a levantarse a Raquel y entre los dos la llevaron a la casa, metiéndola en un lecho con el niño al lado.

Raquel, una vez instalada, se incorporó, queriendo explicarse, contar toda su historia. El hombre la detuvo:

—Nada queremos saber. Nada nos importa vuestra vida, el por qué os halláis abandonada en esta planicie, a horas de todo pueblo, alumbrando entre dos cabras. Nada ha de importaros a vos, igualmente, nuestra vida en esta soledad. Nos basta veros sola y desgraciada para consideraros hermana. Que os baste a vos igualmente con nuestra fraternidad.

Estas palabras, graves, consoladoras y misteriosas, impusieron silencio a la joven.

Encontrábase alojada en una pobre habitación. Sólo un lecho, una mesa y dos sillas la poblaban. La casa era muy pequeña, con más caracteres de choza que de cortijo.

Sus habitantes, tanto el hombre como la mujer, eran de mediana edad, y, a pesar de sus humildísimos vestidos de campesinos, adivinábase en ellos una extraña distinción. Se veía, en el modo de hablar, en los rostros curtidos por el sol, en la mirada penetrante y viva, que no eran labradores, que eran quizá un misterio que Raquel no había de descifrar jamás.

En la paz de la pequeña habitación y bajo las limpias sábanas, bien arropada y lejos del molino, una sola angustia perseguía a Raquel. Era un pensamiento que ya le había obsesionado antes del parto. ¿Tendría su hijo los ojos de él?

De todo el doloroso accidente, sólo tenían consistencia en su imaginación las pupilas verdosas e insolentes de Alvaro. ¡Con tal que su hijo no las tuviera también!

Palpitante, presa de extraña angustia, sentada de

lado en la cama y velando su sueño, atisbaba la joven el rostro de su hijo. El niño dormía con las manitas cerradas cerca de la boca.

Los ojos incesantemente fijos en él, la joven esperaba su despertar. Al fin entreabrió los casi informes párpados, y la mirada de Raquel percibió dos diminutos abismos negros, dos pequeñas profundidades de obscuridad.

¡No eran los ojos de él!

* * *

Ocho días pasaron, tranquilos e iguales. Raquel nada preguntó y sobre nada fué preguntada.

Pero la joven pensaba en que aquella situación no podía prolongarse. Seriale necesario partir, recomenzar su éxodo hacia lo ignorado. Sus protectores la trataban con afecto, brindándole los alimentos de que disponían: leche de las cabras y frutas secas.

La casa, perdida en medio de un desierto, apenas cultivable, una de esas llanuras desoladas que tanto abundan en Aragón y parte de Navarra, daba vida precaria a sus habitantes. Por otra parte, éstos parecían no ambicionar otra cosa. Los días transcurrían en medio de una gran paz, de un enorme silencio de toda la Naturaleza, que manifestábase severa, calma e imponente en aquel paraje.

Al fin Raquel se levantó, dispuesta a abandonar aquel refugio; vistióse y vistió al niño. Estaba casi siempre sola. Únicamente por la mañana, al mediodía y por la noche venían el hombre y la mujer a traerle comida y dirigirle palabras discretas y afectuosas.

Una vez vestida y vestido el niño, sentóse Raquel con el infante en el regazo. Su debilidad y su desamparo desplomábanse sobre ella. De nuevo empearía el martirio, su obscuro calvario.

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, cayendo sobre el niño dormido. Llevóse el pañuelo a

los ojos, mientras por la ventana entraban rayos alegres de sol, iluminando el pobre cuarto.

Permaneció, llorando en silencio, con muda e infinita desesperación, más de una hora. Cuando llegó la mujer, la encontró aún así, sumida en el sopor de su angustia, a través del cual sólo se consolidaba un pensamiento: Que sería preciso marchar. Marchar siempre. Marchar hacia no sabía dónde.

La desconocida contemplóla un momento y preguntó con dulzura:

—¿Por qué lloras?

Raquel la miró a través de sus lágrimas y repuso:

—Porque he de marcharme y no sé adónde.

—¿Por qué has de marcharte? ¿No estás bien aquí? ¿Qué te falta? Es cierto que no podemos ofrecerte comodidades superfluas, pero tienes cuanto necesitas un ser humano para vivir digno: un techo bajo que guarecerse; comida con qué alimentarse, libertad para vivir una vida plena. ¿No te basta con ello? ¿No te son suficientes las nueces, las avellanas, los higos y la leche que te ofrecemos? ¿Es poco comfortable esta choza en donde viven dos seres que, buscando la verdadera vida, huyeron de la vida castrada del mundo que creen civilizado? Entonces marcha. Reemprende tu camino, llama a las cerradas puertas y a los fríos corazones de unos hombres para los que serás menos que un perro.

—No es por eso por lo que quiero marchar. Es que ya me he acogido demasiado tiempo bajo su amparo.

—¿Amparo has dicho? Palabra sin sentido entre nosotros, que a nadie amparamos. Amparo, palabra debilitadora y humillante, jamás la oírás salir de nuestros labios. Fraternalidad de ser a ser, sin distinción de especie, clase, religión, raza ni idea. He aquí lo que nosotros contigo hemos practicado.

Al lado de la mujer apareció la silueta del hombre, que había escuchado en silencio las anteriores palabras. Acercándose más a Raquel, que atendía en

silencio, admirada, puso una mano sobre su hombro:

—Abreviemos consideraciones, que esta pobre niña no comprenderá, sin duda—dijo.—De todo lo dicho por mi compañera, saca la síntesis siguiente: Que aquí puedes vivir cuanto gustes, criando a tu hijo, comiendo y haciendo lo que te venga en gana. Ninguna obligación tienes con respecto a nosotros. No pronuncies jamás la palabra agradecimiento, ni pienses nunca en *ganarte la vida*. Aquí sólo se ha de vivir, tomando lo que la Naturaleza nos brinda, harto escaso, porque la civilización nos confina a nosotros, los inadaptados y los verdaderamente humanos, a los parajes que por tristes y yermos ella desecha. Limitate a vivir, hasta que te canses de la vida o de esta vida. No esperes de nosotros apoyo ni amparo, siempre condicionados, siempre coartadores de la libertad del individuo. Tu vida no nos importa; mejor aun, nos molestaría conocerla. Traería a este desierto nuestro un vaho de la corrupción del mundo de que nos hemos separado. Tampoco nos preguntes la nuestra: la hemos olvidado, o no queremos recordarla, que es otra forma de olvido. Quédate, si quieres vivir en paz, si has recibido de los hombres bastantes pedradas. Si no, vete. No te detenemos.

—¡Irme! ; Si no sé adónde! ; Si huyendo, andando sin fin ni norte, vine a parar aquí!

—Pues aquí quédate, reposa y olvida, como reposamos y olvidamos nosotros.

—Seremos dos bocas más y ustedes son pobres.

—¿Pobres has dicho? ; Somos ricos, riquísimos! Poseemos el único valor eterno en el tiempo, inmutable y definitivo: la vida. Además, grandes parcelas de otros valores que con ella se adquieren, cuando sabe vivirse: salud, inteligencia, fuerza, energía. La juventud la hemos pasado, ofrendándola al bien de un mundo que no sabemos, ni nos importa, si nos la ha agradecido.

Raquel guardó silencio y les contempló con ojos inquietos y admirados. La placidez y serenidad de

los dos semblantes, nobles y agradables, con un no sé qué sorprendente y atractivo, la tranquilizó, resolviéndola:

—Me quedo...

—Ni una palabra más. Hazte cargo que estás en tu casa, y que vives sola y libre en medio de un desierto. No obstante, si necesitas compañía, si tu alma precisa de un amigo y de un confidente, llama a las puertas de nuestro corazón y las encontrarás abiertas de par en par e incondicionalmente, como las de nuestra morada.

* * *

Bajo el firmamento azul y en medio de la llanura parda, la casita nacía y moría todas las mañanas y todas las noches. Las auroras de todos los amaneceres, los crepúsculos de todas las tardes, derramaban su luz dorada, su gozoso despertar y su melancolía nocturna, sobre unas cabritas de alegres campanillas y una bíblica figura de virgen madre con un niño en el regazo.

Y cuando los pájaros tocaban las dianas y los ángeles de la Naturaleza, cuatro seres saludaban diariamente, desde un rincón del mundo, al dios Sol y a la madre Vida.

AEP - CDHS
BARCELONA

El Almanaque de LA NOVELA IDEAL

Se ha puesto a la venta este curioso Almanaque. En las primeras planas publica un Calendario Civil, en el que para cada día se da el nombre de una flor y una efemérides. En el transcurso de las 128 páginas de que se compone dicho Almanaque, hay artículos, cuentos, páginas artísticas, conocimientos útiles, curiosidades instructivas, hechos históricos, frases agudas, hombres notables, pensamientos y anécdotas. Además, en varias partes de tan interesante volumen, el lector encontrará ciencia social, astronómica, geográfica y agrícola, arte propiamente dicho y narraciones de vidas agitadas, etc.

Por fin, ilustran las páginas del Almanaque de LA NOVELA IDEAL para 1927, treinta y ocho grabados artísticos, satíricos y de hombres y mujeres que fueron célebres por su amor a la ciencia y a la justicia, su valor o su hidalguía.

De venta en todos los quioscos

Ejemplar : UNA peseta

Los hijos del amor

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela en que se sostiene la tesis de que el fruto de las uniones naturales es superior al de los amores legales

Ejemplar: 1'50 ptas.; tercera edición

Renacer

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela de elevación moral y de amor libre, por medio del cual se emancipa una artista que vió vender su cuerpo

Ejemplar: 2 ptas.

Náufragos

Autor: ADRIÁN DEL VALLE

Novela de gran trascendencia social y artística. Aventuras, descripciones, caracteres y viajes en los que el lector encuentra: ciencia, emoción, ideal, interés, conocimientos y recreo. Todo explicado en un lenguaje ameno y atractivo

Ejemplar, 2 pesetas